

amoroso, y á los de cuerpo muy hermoso, y amable, que les causó un fervoroso amor, y profunda reverencia. Piensa tambien como el Señor les avisó en sueños, que no volviesen por casa de Herodes, sino que tomasen otro camino, y se volviesen á su tierra. Saca de esta consideracion dos cosas: la primera, que no te vuelvas á Herodes, habiéndote ofrecido á Christo, apartándote de toda ocasion de perder su gracia, y perderte. Saca lo segundo, que los Santos Reyes volvieron por mar: por inquietudes, borrascas, amarguras, y trabajos has de volver á tu Patria, que es el Cielo. Considera con S. Buenaventura, y piensa qué hizo nuestra Señora de toda aquella riqueza. Ya ves quán pobre estaba. ¿ Si compraria nuestra Señora ropa, ó vestidos? ¿ alguna casa, ó hacienda? ¿ si puso alguna renta para pasar? No creas eso de tu Señora. Era amantísima de la pobreza, y la estimaba más que los avarientos el oro, y la plata. Consultó la voluntad de su preciosísimo Hijo, y entendió que su Divina Magestad gustaba que todo lo repartiése á pobres, como lo hizo en breves dias, sin reservar cosa alguna; y esto se prueba con que quando fué á los quarenta dias á presentarse al Templo; no tuvo para com-

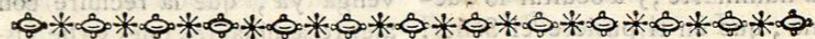
prar un cordero, y compró dos tórtolas; y mas, que habiendo vendido el jumento que tenia para pasar, no tuvo para comprar otro, y fué á pie, como el mismo Santo lo afirma. Aprende en este exemplo á amar la pobreza, y á despreciar los bienes caducos de esta vida; no solo no afanando por ellos, pero ni aunque te los den, recibas cosa que te cueste el menor cuidado guardarlo.

Considera como nuestra Señora pidió al Señor S. Joseph, que se informase de todos los pobres de Belen, y de lo que faltaba en las Sinagogas de culto, y adorno, y á los pobres se les fuese enviando. Iba el Santo en todo conforme con lo que ordenaba nuestra Reyna, teniendo sus palabras por señal cierta de la divina voluntad. Venian los pobres, y la Madre de las misericordias, que con luz divina penetraba sus necesidades espirituales, y corporales, es de creer piadosamente que unas, y otras se las socorreria; y el que venia en pecado, y pobre, volvia conrito, y socorrido: el que venia tibio, volvia fervoroso; y el devoto volvia encendido en el divino amor; y así exercitaba nuestra Señora la perfectísima caridad. Piensa que no se quedarían sin limosna los Pastores, por haber servido á nuestra Reyna. Piensa mas, que no podían estas

li-

limosnas ocultarse en Belen, y que luego se sabia como eran dones que le habian dexado los Reyes. ¡O qué pesadumbre tuvieron aquellos, á cuyas partes llegó á pedir posada nuestra Señora la noche del Nacimiento, y se la negaron! ¡O mal haya nuestra fortuna, dirian, que si la hubiéramos dado posada, hubiéramos grangeado mucho en esta ocasion! ¿Pero quién podria imaginar que unos Reyes habian de venir á visitar á una pobre como aquella? Piensa mas, que la que antes era cueva de bestias, y establo de animales, ahora es Casa de Dios, refugio de pobres, fuente de caridad, y misericordia. ¿Y por qué? Porque entraron en

ella Dios, y su Madre. ¡O devoto de esta gran Señora! Acude con estos pobres, como pobre. No te apartes de aquel pesebre hasta que te sientas socorrido: pídele con humildad, y ofrécele tu alma, y corazon vacío de todo lo terreno, que así te lo llenará de bienes del Cielo, porque es misericordiosísima, y sumamente liberal. Mira no te suceda lo mismo que á los de Belen, que se arrepintieron de no haber hospedado á esta Señora, y de no haberla servido; pero fué tarde su arrepentimiento. Sirvela tú ahora: visítala por la mañana, al medio dia, y á la noche, que yo te aseguro que salgas bien librado.



MISTERIO CUARTO.

DE LA PRESENTACION DEL NIÑO DIOS en el Templo.

153 Considera como habiendo estado nuestra Señora quarenta dias en aquel establo, durmiendo en el suelo, comiendo pobrísimamente, padeciendo frios grandísimos, y necesidades, al cabo de ellos salió para Jerusalem á purificarse, y á presentar al Niño, como lo mandaba la Ley. Llegó al Templo, compró dos tórtolas, ó dos

palomas para ofrecer. Piensa lo primero, quán mortificada sale nuestra Señora de aquella cueva, despues de quarenta dias de penitencia, y en tiempo de nieves, yelos, y frios. Camina á pie la Reyna del mundo (como lo dice S. Buenaventura): mira el rigor con que trata el Señor á su Madre. Piensa lo segundo la alegría que lleva en su alma, y corazon

con la ofrenda que lleva en sus brazos al Eterno Padre, que era su Hijo Unigénito. Mira que alegres irán las almas al Templo de la gloria, si llevan consigo á Jesus. Piensa lo tercero, como nuestra Señora en el Templo se puso, como humilde, en el último lugar detras de las otras, que acaso concurrían á la misma funcion aquel dia; y viéndola allí, como la mas pobre de todas, considera su grande humildad, que en la estimacion de los que la miraban era tenida por inmunda, y como tal se venia á purificar como las demas, siendo mas pura que los Angeles, mas hermosa que el Sol, y las estrellas. Aprende por aquí á humillarte, y á ocultar lo bueno, que en tí pusiere el Señor: gusta mas de ser tenido por malo, que por bueno: si siendo bueno te tuvieren por malo, aseguralo que tienes bueno: si siendo malo deseas parecer bueno, eres hipócrita; y si siendo bueno no ocultas tu virtud, te expones á que te la hurte la vanidad.

154 Considera como el Santo Simeon, estando aquella noche recogido en su casa, tuvo revelacion de que al dia siguiente habia de venir al Templo el Mesías, que él con grandes ansias deseaba. Vino al Templo lleno de fervoroso gozo: entró, y luego conoció al Salvador del mundo en los brazos de su Ma-

dre. Puedes piadosamente creer, que el Niño Dios se le mostró vestido de resplandor, y luz divina en los brazos de María Sacratísima, y que por eso lo conoció. Llegó (dice S. Buenaventura), y postrado en tierra le adoró; y el Niño Dios hizo como que queria pasarse de los brazos de su Madre á los del Santo Simeon. Recibiólo el Venerable anciano, y deshecho en lágrimas de devocion, abrasado en fuego de amor divino, prorumpió en aquel Cántico de alabanzas que canta la Iglesia: Ahora, Señor mio, dexais en paz á vuestro Siervo; como quien dice: Venga ya, Señor, la muerte, no quiero mas vida: venga ya, que la recibiré con alegre semblante, pues ya he visto con mis ojos á Dios mi Salvador. Llegóse tambien la Santa Viuda Ana, y conociendo al Señor, le adoró, y cantó juntamente sus alabanzas. Piensa como se alegran en el Señor los Justos; y como por último sus entrañas de misericordia no dilatan en consolarles: detiene muchas veces su consuelo; pero eso es para aumentarles la sed, para que despues de una larga sed perciban la dulzura, y suavidad de sus divinos regalos.

155 Considera como el Santo Simeon volvió el Niño á los brazos de su Madre, y luego se ordenó aquella célebre Procesion á

acia el Altar. Iba el Santo Simeon (dice el Seráfico Doctor) delante, llevando de la mano al Señor S. Joseph: seguia luego nuestra Reyna, acompañándola la Santa Viuda Ana, cantando todos himnos de alabanza al Señor con inmenso regocijo, hasta que llegaron al Altar. Piensa como las demas mugeres, que estaban para purificarse antes, no habian hecho caso de nuestra Señora, por haberla visto tan pobre, y arrodillada allá abaxo detras de todas; pero ahora pasadas con lo que vieron, y oyeron, la hacen lugar, y con grande reverencia (porque tambien serian participantes del gozo interior) la saludaban, y echaban mil bendiciones, engrandeciendo cada una, como mejor podia, á la Divina Magestad, y dándole gracias, porque se habia dignado de visitar al mundo. Llegate tú á esta Procesion, coge en las manos la vela, encendiendo, y avivando la luz de la Fé con tus buenas obras, y canta con los demas alabanzas á Dios, y á su Madre.

156 Considera como habiendo llegado al Altar la Sacratísima Madre Virgen con suma reverencia, hincada de rodillas con profundísima humildad, ofreció al Eterno Padre su querido Hijo, y lo puso sobre el Altar, diciendo con palabras de fervorosa devocion, y amor: ¡O Pa-

dre Clementísimo, Altísimo Dios, y Señor mio! recibid de las manos de vuestra Esclava al dulcísimo, y amantísimo Hijo vuestro. Vos, Señor, os dignásteis de que vuestro Unigénito lo fuese mio tambien; y así os vuelvo lo que me disteis, por cumplir el mandato de vuestra Santa Ley: mas ruego á vuestra clemencia me le volvais, que es la vida de mi alma, y el único, y total bien que posee mi corazon. ¡O Dios Eterno, y qué ofrenda es esta! Jamas el mundo habia ofrecido á Dios cosa semejante. ¡O cómo se agradó con ella el Eterno Padre! ¿Quién podrá entender la grandeza, y alegria de que quedó lleno el corazon de nuestra Reyna? Piensa, que si Dios da ciento por uno, que le ofrezcamos; ¿qué le daria á nuestra Reyna, ofreciéndole uno, que vale tanto como el mismo Dios? Considera como nuestra Señora redimió á su Santísimo Hijo con cinco siclos, ó monedas, como esclavo. ¡Mira qué de valde se da el Señor! Luego piensa como la Sacratísima Virgen cogió las dos tórtolas, é hincada de rodillas, los ojos puestos en el Cielo, las ofreció al Eterno Padre en nombre de su Divino Hijo, diciendo: Recibid, Padre Clementísimo, esta pobre ofrenda, y pequeño don, que vuestro Unigénito de su pobreza os presenta. Pensarás

acaso, que por se la ofrenda corta, no seria de tanto agrado para el Padre? Te engañas; porque no hay prenda que toque al Hijo, y Madre, por pequeña que sea, que no sea muy grande en la estimacion de su Eterno Padre.

157 Considera como el Santo Simeon, despues de todos estos gozos, y regocijos, se volvió á nuestra Señora, y la dixo: Atended, Madre, y Señora, á este Niño: sabed que ha venido al mundo para ruina, y resurreccion de muchos: con su venida caerán los soberbios, y serán ensalzados los humildes: él está puesto en el mundo, como señal, ó blanco, que señala, y enseña á los hombres el camino del cielo; pero muchos se le han de oponer, y le han de hacer gran contradiccion, y guerra, y en esa ocasion vuestra alma será raspada con un cuchillo cruelísimo de dolor. Piensa qual quedaria el corazón piadosísimo de nuestra Señora, y como todo el gozo pasado aquí se le convirtió en una mortal tristeza. Saca de esta consideracion tres doctrinas: la primera, que si no te humillares, el Señor, que vino para levartarte al Cielo, te abatirá al abismo: la segunda, que no seas de los que le hacen guerra, y contradicen con su vida, y costumbres; y la tercera, que no te asegures en los gozos de esta vida,

aunque sean de Dios, porque como los dá, los quita.

158 Considera como habiendo salido nuestra Señora de Jerusalem para Nazareth con la pena referida, antes de llegar, (como dice San Buenaventura) estando una noche recogidos en un meson, se le apareció al Señor S. Joseph un Angel, y le avisó como Herodes estaba determinado á buscar el Niño, y quitarle la vida; y así, que luego al punto se levantase, y con la Madre Santísima, y el Niño dexase el camino de Nazareth, y huyese á Egipto. Fuese el Santo á nuestra Señora, que estaba descansando, despertóla, y la dió parte del peligro del Niño, y como el Angel le avisaba, que luego al punto huyesen. Piensa como con esta nueva, al oírla, se le estremecieron todas las entrañas, y el corazón fué poseído de un susto mortal: mira las tribulaciones en que ponía el Señor á su Madre. Levantóse al punto la Santísima Virgen, y sin dilacion ninguna se puso en camino con el Niño Dios en los brazos. Piensa como sin detenerse, ni esperar el dia, ni hacer prevenicion alguna, sale á media noche, toda asustada, y atribulada, sin pensar en otra cosa, que en poner en salvo á su Divino Hijo. Mira no pierdas á Dios: atiende á los peligros del mundo, en donde los enemigos de tu alma

siem-

siempre andan listos por quitártelo: pon grandísima diligencia en conservarlo.

159 Considera como habiendo salido nuestra Señora, empezó la crueldad de Herodes: dexala un poquito en aquellos caminos, y vuelve con la vista á Belen, y sus contornos, y verás toda la tierra llena de llantos, y amarguras: verás muertes, y desastres cruelísimos: los Ministros del demonio entrando por aquellas casas, y matando á quantos niños hallaban, persiguiendo en ellos á Jesu-Christo. Repara en la desgracia que les sucedió, habiéndose ausentado la Madre de Misericordia. Quando su Magestad estaba en Belen, estaban en exércitos numerosos los Angeles, habia músicas, y cantares del Cielo: ahora se ven desgracias, de las quales redundán dolorosos llantos. Entonces los Reyes se humillaban, y ofrecían dones: ahora se ve que un Rey quita soberbio las vidas. Los pobres tenian entonces consuelo, limosna, remedio, y alivio: y ahora son perseguidos. Mira, Christiano, no te apartes de esta gran Señora: mira no se te vaya, faltando tú á su devocion; porque si se va, se te fué Dios, y te quedas en una noche obscurísima, sin Sol, ni Luna, y te sucederán grandísimos desastres.

160 Considera los trabajos

de la Reyna de los Angeles en tan largo, y dilatado camino, que el que mas breve lo cuenta, lo hace de cien leguas; y otros dicen, que por los extravíos anduvo mas de doscientas. Y como dice San Buenaventura, de allí cogieron el viage, apartados del camino, por montes, y desiertos, por bosques, y espesuras, sin camino, ni vereda, entre fieras, y animales, y á pie la Reyna de los Angeles, y por el mes de Febrero, que era Invierno. Piensa en el frio que padeció nuestra Señora, y el Niño Dios: piensa quando se mojabán, que se les secaba la ropa en el cuerpo: piensa en la cama, en que descansaban, que era el duro suelo: quando topaban alguna cueva, en ella se metian; y quando no, á la inclemencia del tiempo en la fria campaña. Piensa tú quantas veces caminaría por lodos, por nieves, y pantanos, helándose, y mojándose los pies, y muchos dias, y noches enteras en lodo, y agua. Piensa en su cansancio, piensa en sus fatigas, y sudores, piensa en sus hambres, y sed, piensa como tambien otras veces la affigia el Sol, y el viento, el polvo, y la arena. Vé contemplándola, y haz cuenta que tú eres el que caminas sin prevenicion ninguna, y quantos trabajos á tí te sucedieren, quantos miedos, y desconsuelos, haz cuenta que todo le sucedió á tu Señora,

por-

porque no le ahoraba el Señor las penas, ni las angustias, ni los trabajos. Aprende á entrarte á ellos sin temor.

161 Considera como habiendo nuestra Señora llegado á los confines de Palestina á unos desiertos, que median entre la Tebayda, y Galilea, dice San Anselmo, y el Cartujano, que le salió al camino una compañía de ladrones, los quales quisieron prender al Señor S. Joseph, y á nuestra Reyna, para despojarlos; y en esta ocasion se puso Dimas, que era uno de los ladrones, de parte de la Sacratísima Virgen, y con sus armas, y razones la defendió de todos, y por su respeto la dexaron ir libre con su santísimo Esposo. Tuvo nuestra amantísima Señora tan en la memoria este servicio, que le hizo el Buen Ladron (dicen estos Santos), que se lo pagó no menos que con alcanzar del Señor la conversion, pidiendo por él en la Cruz, consiguiendo, como se sabe, la salvacion eterna. Piensa lo primero en la tribulacion de la Reyna de los Angeles, quando se vió asaltada de los ladrones, y que le prendian al Santo Joseph: atiende como el Señor, que iba en su compañía, la podia librar, y confundir aquellos ladrones, ó cegarlos, para que no la viesen, y

no quiso, sino que padeciese aquel susto mas. Piensa lo segundo, quán grande es la misericordia de María Santísima, y quán en la memoria tiene los servicios que se le hacen á su Magestad, pues despues de treinta y tres años se acordó de aquel Buen Ladron; y no obstante que estaba hecha un mar de penas, de amarguras, y dolores junto á la santísima Cruz, se acordó del bien que le habia hecho, rogó por él, y le alcanzó la eterna bienaventuranza. Mira tú, devoto Christiano, amante de María Santísima; cómo olvidará esta Celestial Reyna los Rosarios que tú le rezares! Si se acordó del que le hizo un solo obsequio, cómo se acordará de quien cada dia la obsequia, y saluda ciento y cinquenta veces!

162 Considera lo que dice Fray Antonio del Castillo en su Itinerario (a): tráelo por comun tradicion de aquellas partes, asegurando que él vió, y estuvo en la parte en donde le sucedió el caso siguiente á nuestra Señora; lo qual refiero solo por consideracion moral, y piadosa, sin darle mas autoridad, solo para que exercites la piedad en la consideracion de los trabajos de nuestra Señora en tan penoso viage. Dice, pues, este Venerable Padre, que

(a) Itiner. Terræ S.

que en aquel desierto está un terebinto grande, así en el tronco, como en las ramas, y que pasando el Señor S. Joseph, y nuestra Señora con su Hijo Santísimo por el sitio en donde está el referido arbol, volvió atrás la vista la Divina Reyna, por el sumo cuidado con que iba, y vió asomar por lo alto de la cuesta gente de á caballo; y conociendo que eran Soldados de Herodes, que venian en su seguimiento, fué grande la tribulacion en que se vió; y como no admitia dilacion el peligro del Niño, se entró en un matorral espeso que habia cerca del camino, y en él escondió al Divino Niño, ocultándolo con las ramas, y algunas yerbas, y hojas secas, y luego se salió al camino, y con el Señor S. Joseph se arrimaron al tronco del terebinto, esperando, ó la muerte, ó ser presos de los Soldados; pero se abrió repentinamente el tronco, y recibió dentro de sí á los dos fugitivos, y afligidos Esposos, volviéndose á cerrar de manera, que quando llegaron los Soldados, no hallaron nada de lo que buscaban. Mira la nueva tribulacion de nuestra Señora, de ver que el Niño Dios se le habia quedado fuera, si darian con él. No le apartes de tí, vive con él, y muere con él; pero tampoco

dudes el exponer á la muerte tu vida, por no perderle. Fuéronse, en fin, los Soldados, y abrióse el tronco. Medita, y considera lo que dice nuestro Belvacense (a), que en aquel desierto, que era de mas de cinquenta leguas, sin casa alguna, habia cantidad de fieras, y serpientes, que no les daba poco cuidado á nuestra Reyna, y á su santo Compañero; pero ¡ó Señor poderoso, y clementísimo Dios, que os veis ahuyentado de los hombres, y hallais agasajo en las fieras! Salian de sus cuevas las serpientes, y adoraban en su modo al Señor en los brazos de su Madre María Santísima, y esperando la bendicion de nuestra Reyna, se volvian á sus penas. Salian los Leones, los Leopardos, y otras fieras, y se humillaban ante nuestra celestial Princesa, y luego cogian la vereda, cada uno por su orden, é iban enseñando el camino al Señor S. Joseph, y luego se postraban, como pidiendo la bendicion de nuestra Señora, y se volvian á sus bosques. ¡O devoto de María Santísima! Aprende de aquestas fieras, que se amansan, humillan, y domestican á vista de nuestra Reyna: no la pierdas de vista: acompaña la, y postrado á sus plantas tres veces al dia, pídele su bendicion; que quien la daba á las

(a) In Specul. lib. 6. cap. 94. Bib. Max. Matth. d. 63. fol. 262.

las fieras, no la negará á un pecador humillado, y contrito.

163 Considera como en aquellos desiertos, como lo dice nuestro Obispo Equilino (a), habia grande penuria de agua, y los que caminan por ellos la cargan en vasijas, y el Señor S. Joseph la cargaba en un zaque, ó pellejo. Acabóseles el agua; y pasados tres dias, fatigados, y cansados, se sentaron debaxo de una Palma: no hizo nuestra Señora mas que levantar la vista á lo mas alto, y al punto la Palma se dobló, y humilló á los pies de la Señora del Mundo, ofreciéndola los racimos de dátiles, de que estaba cargada, y en ellos cantidad de rocío; de manera, que bebieron, cogieron la fruta que necesitaban para el sustento, y luego se volvió á enderezar la Palma como estaba de antes. Piensa en tu Dios sobre los brazos de su Madre Santísima, tu Señora, en los desiertos de este mundo, afligida con hambre, y sed de la salvacion de las almas, y que la misma enfermedad padecia nuestra Reyna. Humíllate á sus plantas, no seas como la higuera de maldicion: ofrécela los frutos de tus buenas obras con humildad, y reverencia; que así te levantarás á tu primer estado de la gracia que

perdiste. Haz cuenta, que cada Rosario que rezas, es un racimo de la mejor Palma de Cadés, María Soberana: dáselo con humildad, y acompañado del rocío del Cielo, y de la lluvia de la mas pura Nube, que es el Verbo Humanado. Piensa en su vida; que así le darás sustento, y bebida á tu Reyna, y Señora, y lograrás, como aquella Palma, su santísima bendicion.

164 Considera lo que dice San Vicente Ferrer (b), que en los confines de la Tebayda habia un arbol grande muy copado, y vistoso: vió el demonio en tiempos antiguos, que los Tebaydoses estimaban mucho aquel arbol, y se puso en él, y al principio con espantos, luego hablándoles en él, les persuadió, que era Dios, y por él los rindió á la idolatría con que adoraban al demonio en él. Pasó la Reyna del Mundo por junto á él; y como no ignoraba, que allí estaba adorado el demonio, levantó la vista, y le miró; y al punto se ausentó el demonio, y el arbol se humilló á las plantas sagradas de María Soberana, y á este mismo punto brotó una fuente cristalina de dicho arbol. Echóle su bendicion la Virgen Sacratísima, y volvió á su antiguo estado el arbol,

(a) Petr. Natal. lib. 2. cap. 15. (b) Serm. in Octav. Inn. Baron. ann. Christ. 1.

bol, y en adelante mudó de condicion; de manera, que sus hojas, y fruta sanaban de todo género de enfermedades. Pecador, mira que eres arbol, en quien quizás largo tiempo estuvo adorado el demonio: pídele á María Soberana, que te mire con ojos de misericordia: humíllate por la oracion humilde á sus plantas, y luego brotará en tu alma aquella fuente de lágrimas, y aguas vivas, que saltan para la vida eterna, y mudarás de condicion; y si tus palabras, y obras antes eran de muerte, despues serán de vida: si antes matabas con tu mal exemplo, despues darás vida con el bueno.

165 Considera lo que dixo Brocardo, y el Obispo Equilino (a), que caminando nuestra Señora por aquellos arenales en los desiertos de la Tebayda de Egipto, se halló fatigadísima con el calor, y con la sed; y como no hallasen arbol ninguno en donde sestear, un dia, fatigada mas que otros, se sentó en un arenal seco, y desabrido, desfaxó á su Hijo Santísimo para secar los pañales del mucho sudor; y teniéndolo en sus faldas, el Niño Dios se inclinó á la arena; y tocándola con un dedo, luego al punto manó una cristalina fuente, donde se refrescó nuestra Señora, y lavó los paños del Divi-

no Niño, y de esta fuente salió un arroyo, y regó aquel arenal; y el que antes solo producía espinos, ahora es un huerto ameno de bálsamo, y la fuente es de tan maravillosa virtud, que quantos niños llegan á lavarse en ella, aunque sean de los Sarracenos, sanan de todo género de enfermedades. Pídele á esta Reyna, que haga asiento en tu alma; que con eso, aunque ella esté como tierra sin agua para Dios, llegará el Señor con su dedo, y tocándola, manará una fuente de oloroso bálsamo, sin mezcla de otro licor, y con él sanarás.

166 Considera con S. Vicente Ferrer (b), S. Gerónimo, Cromacio, y el Abulense, como en la primera Ciudad de Egipto, llamada Heliópolis, habia un Templo, en donde era el demonio adorado en trescientos y sesenta y cinco Idolos. Entró en este Templo nuestra Reyna, y al mismo punto cayeron de sus nichos los ídolos, y se hicieron pedazos. Súpose el suceso; y hubo en la Ciudad una grande conmocion, y llorando todos, acudieron al Templo. Llegó el Principe de los Sacerdotes, que eran muchos, llamado Afordisio, y le preguntó á nuestra Señora, qué de dónde venia. Respondió, que de la tierra de Palestina. Preguntóle

(a) Quæst. 2. cap. 4. lib. 2. cap. 15. (b) Serm. in Octav. Innoc.

si sabia, ó tenia noticia que una doncella hubiese parido; porque habia una tradicion de Jeremias, que decia, que llegado el tiempo de que una doncella pariese, entonces se habian de arruinar, y destruir todos los Dioses de Egipto. Dióles razon nuestra Señora; y ellos entonces sacaron una Imagen de nuestra Señora, que tenian guardada desde aquel tiempo, y la adoraron con su Santísimo Hijo, todos postrados por tierra; y entonces les predicó nuestra Reyna al Dios verdadero, y á su Madre, representados en aquella Imagen, y se convirtieron muchos, y adoraron á un solo Dios, y á la Madre de Dios, sin entender que ese Dios, y esa Madre era la que les predicaba. Piensa el susto que tendria nuestra Señora al principio con el alboroto del Pueblo, y cómo se pondria toda en las manos del Señor, resignada á quanto le pudiese suceder. Piensa luego el gozo incomparable que tuvo la Celestial Madre de ver desterrado al demonio de aquel templo, y adorado el verdadero Dios. Mira tú, Christiano, lo que resultó de que nuestra Señora una vez entrase en aquel Templo: convídala al Templo de tu alma, para que obre en él las mismas maravillas.

167 Considera con S. Vicente Ferrer, y otros muchos, como acercándose nuestra Se-

ñora al Gran Cayro, ó Babilonia de Egipto, se le vino á la memoria la pasion bestial de aquellas gentes, entregadas á la lascivia: supo como el Rey tenia dado orden de que le llevasen á su presencia qualquiera doncella Hebrea que viniese, por la fama que tenian de hermosas. Con esta angustia se volvió nuestra Reyna á su Santísimo Hijo, y le hizo oracion, diciéndole que la librase, como habia librado en otro tiempo á Sara. Llegó confiada en el Señor á las puertas de la Ciudad: viéronla las Guardas; y aunque se pasmaron de su hermosura, se sintieron tan compungidos, y tocados de devocion los corazones, que la trataron con grande reverencia, y no la quisieron llevar al Rey, ó no se atrevieron; mas fueron á darle parte de la maravilla que habia llegado. Mandó entonces el Rey que se la llevasen á su presencia. Mira qué humilde, qué modesta, y compuesta va nuestra Señora, fiada en su Hijo que le habia de trocar el corazon, como lo hizo con las Guardas. Entró á la presencia del Rey, el qual se halló tan compungido así que la vió, que la veneró, y honró, ofreciéndosele para quanto valiese, ó le necesitase; y mandó por un edicto, que ninguno fuese osado á hacerla descortesía: así

salió nuestra gran Señora en paz de tantos peligros. ¡O Christiano! Mira esta Señora: tráela presente siempre á los ojos de tu alma por la consideracion de estos santos Misterios, y experimentarás en tu corazon mayores afectos de pureza, de modestia, y compuncion, que todos aquellos bárbaros. ¿Cómo se puede descomponer un alma, que siempre anda alabando, y pensando en esta Soberana, y purísima Señora?

168 Considera, y atiende, Christiano, á una consideracion piadosa, que hacen algunos devotos contemplativos en este caso. Habiendo salido nuestra Señora del Palacio Real, ya con el salvo conducto para estar segura en Egipto, trató de buscar casa, y juntamente limosna para socorrer la necesidad que tenia de comida. Fué con el Santo Joseph por muchas calles pidiendo limosna; y por último en una casa salió un criado, y movido de caridad con la presencia de nuestra Señora, la dixo que le esperase en la casa puerta, que estaban comiendo sus amos, y que en acabando, de lo que sobrase la socorrería. Mira á tu Dios, y á su Madre sentada en un poyo de aquel zaguan, esperando las sobras de un criado para sustentarla vida. ¡O pasmoso exemplo! Traxéronle la limosna: mira, y

atiende la humildad, y agradecimiento con que esta gran Señora la recibió. Considera la modestia vergonzosa con que estan comiendo los dos mejores esposos del mundo; y como despues de haber comido, piden con humildad un poco de agua, y se la traen en un vaso comun, sin aquella limpieza, y aliño que se debia á tan gran Señora. Piensa como vueltos al Niño Dios, le dan las gracias por aquel socorro, con tanto agradecimiento, como si les hubiera dado los mayores regalos de la tierra. Piensa como aquel Señor, que tenia en su mano todos los regalos del Mundo, trata á su Madre despues de tantos trabajos, y tan largos caminos. ¡O Dios Eterno! y cómo aquí condenais los descansos, los regalos, y deleytes humanos.

169 Considera como nuestra Señora, y el Señor S. Joseph fueron á buscar casa, y casa pobre, como para pobres, y tan pobres, que no tenian de presente ni un maravedí para pagarla de antemano, y para lo de adelante, solo al sudor de su rostro apelaban, y fiaban la paga. Hallaron una casa tan pobre, que como dice Fr. Antonio del Castillo, no halló en toda ella nuestra Señora parte alguna en donde siquiera pudiese reclinar un rato al Niño Dios. Piensa que era una casa limpia de toda comodidad, y lle-